

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI DE MAGISTRO Libro único. (C)

ADVERTENCIA SOBRE EL SIGUIENTE LIBRO DE MAGISTRO.

La edad del siguiente opúsculo la revela su propio autor en el libro noveno de las Confesiones, capítulo sexto, donde, al señalar que «Adeodato tenía casi quince años» cuando se unió a él y a sus compañeros en su viaje a Milán para recibir el Bautismo, testifica que este diálogo se llevó a cabo con él «cuando tenía dieciséis años», es decir, en el segundo año después de su bautismo, que ciertamente ocurrió en el año 387 d.C. Por lo tanto, después de revisar los libros sobre el Génesis contra los Maniqueos y sobre la Música, que fueron completados alrededor del año 389, Agustín añadió en el libro primero de las Retracciones, capítulo duodécimo, que escribió el libro de Magistro en ese mismo tiempo.

S. AGUSTÍN, LIB. IX CONFES., CAP. VI.

«También nos unimos al joven Adeodato, nacido de mí carnalmente por mi pecado. Tú lo habías hecho bien. Tenía casi quince años, y su ingenio superaba a muchos hombres serios y doctos... Confieso tus dones... Hay un libro nuestro titulado De Magistro: él habla allí conmigo. Tú sabes que todos los pensamientos que se insertan allí en la persona de mi interlocutor son suyos, cuando tenía dieciséis años. Experimenté muchas otras cosas más maravillosas de él. Ese ingenio me causaba horror...»

[DISPUTAS.]

En el cual se discute extensamente sobre la fuerza y el oficio de las palabras, para demostrar finalmente que no se obtiene el conocimiento de las cosas por las palabras que el hombre pronuncia externamente, sino por la verdad eterna que enseña internamente.

CAPÍTULO PRIMERO.---La finalidad del habla.

1. AGUSTÍN: ¿Qué te parece que queremos lograr cuando hablamos? ADEODATO: Hasta donde puedo ver ahora, o enseñar o aprender. Agustín: Veo una de estas cosas y estoy de acuerdo: pues es evidente que al hablar queremos enseñar; pero, ¿cómo aprender? Adeodato: ¿Qué piensas, si no es cuando preguntamos? Agustín: Incluso entonces entiendo que no queremos otra cosa que enseñar. Pues te pregunto, ¿acaso preguntas por otra razón que no sea para enseñar a quien preguntas lo que deseas? Adeodato: Dices la verdad. Agustín: Entonces ves que ya no buscamos nada con el habla, sino enseñar. Adeodato: No lo veo claramente: pues si hablar no es más que pronunciar palabras, veo que lo hacemos cuando cantamos. Y cuando lo hacemos solos, sin nadie presente que aprenda, no creo que queramos enseñar algo. Agustín: Pero creo que hay un cierto tipo de enseñanza a través de la memoración, ciertamente grande, que en esta conversación nuestra la misma cosa indicará. Pero si no crees que aprendemos cuando recordamos, ni que enseñamos a quien recuerda, no te resisto: y ya establezco dos causas para hablar, o para enseñar, o para recordar a otros o a nosotros mismos; lo cual también hacemos cuando cantamos: ¿no te parece? Adeodato: No del todo: pues es muy raro que yo cante para recordarme, sino solo para deleitarme. Agustín: Veo lo que sientes. Pero, ¿no adviertes que lo que te deleita en el canto es una cierta modulación del sonido; que, puesto que puede añadirse y quitarse a las palabras, es diferente hablar que cantar? Pues se canta con flautas y cítaras, y los pájaros cantan, y nosotros a veces emitimos un sonido musical sin palabras, que puede llamarse canto, pero no habla: ¿hay algo que contradiga? Adeodato: Nada en absoluto.

2. Agustín: ¿Te parece entonces que, salvo por enseñar o recordar, no se ha instituido el habla? Adeodato: Me parecería, si no me moviera el hecho de que cuando oramos, ciertamente hablamos; y sin embargo, no es lícito creer que Dios sea enseñado o recordado por nosotros. Agustín: Creo que no ignoras que se nos ha mandado orar en habitaciones cerradas (Mateo VI, 6), que significan los recintos de la mente, porque Dios no busca ser recordado o enseñado por nuestra habla para concedernos lo que deseamos. Pues quien habla, da una señal de su voluntad hacia afuera a través de un sonido articulado: pero Dios debe ser buscado y suplicado en los mismos secretos del alma racional, que se llama hombre interior; pues quiso que estos fueran sus templos. ¿No has leído en el Apóstol, «¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor. III, 16); y, «Que Cristo habite en el hombre interior»? (Efesios III, 16, 17). ¿Y no has advertido en el profeta, «Decid en vuestros corazones, y en vuestros lechos compungíos: ofreced sacrificios de justicia, y esperad en el Señor»? (Salmo IV, 5, 6). ¿Dónde crees que se ofrece el sacrificio de justicia, sino en el templo de la mente, y en los lechos del corazón? Donde se debe sacrificar, también se debe orar. Por lo tanto, no es necesario hablar cuando oramos, es decir, con palabras sonoras, a menos que, como hacen los sacerdotes, sea para significar su mente, no para que Dios, sino para que los hombres escuchen, y con una cierta concordancia a través de la rememoración se eleven a Dios: ¿o piensas de otra manera? Adeodato: Estoy completamente de acuerdo. Agustín: Entonces no te mueve que el sumo Maestro, al enseñar a orar a los discípulos, enseñara ciertas palabras (Mateo VI, 9); en lo cual no parece haber hecho otra cosa que enseñar cómo se debe hablar al orar. Adeodato: Eso no me mueve en absoluto: pues no les enseñó palabras, sino las mismas cosas con palabras, para que se recordaran a sí mismos de quién y qué debían pedir al orar en los recintos de la mente, como se ha dicho. Agustín: Entiendes correctamente: pues también creo que adviertes que, aunque alguien sostenga que, aunque no emitamos sonido alguno, sin embargo, porque pensamos las mismas palabras, hablamos internamente en el alma, así tampoco hacemos otra cosa con el habla que recordar, cuando la memoria a la que se adhieren las palabras, al revolverlas, hace que vengan a la mente las mismas cosas de las que las palabras son signos. Adeodato: Entiendo y sigo.

CAPÍTULO II.---El significado de las palabras solo se muestra con palabras por el hombre.

3. Agustín: Entonces, ¿estamos de acuerdo en que las palabras son signos? Adeodato: Estamos de acuerdo. Agustín: ¿Qué? ¿Puede un signo ser signo si no significa algo? Adeodato: No puede. Agustín: ¿Cuántas palabras hay en este verso, «Si nihil ex tanta Superis placet urbe relinqui»? (Eneida, lib. 2, v. 659.) Adeodato: Ocho. Agustín: Entonces son ocho signos. Adeodato: Así es. Agustín: Creo que entiendes este verso. Adeodato: Lo creo suficientemente. Agustín: Dime qué significan las palabras individuales. Adeodato: Veo qué significa «si»; pero no encuentro ninguna otra palabra para explicarlo. Agustín: Al menos encuentras dónde está lo que se significa con esta palabra. Adeodato: Me parece que «si» significa una duda: ahora bien, ¿dónde está la duda sino en el alma? Agustín: Acepto por ahora; prosigue con las demás. Adeodato: «Nihil», ¿qué más significa sino lo que no es? Agustín: Tal vez dices la verdad: pero me detiene de asentir lo que concediste antes, que no es signo si no significa algo; pero lo que no es, de ninguna manera puede ser algo. Por lo tanto, la segunda palabra en este verso no es signo, porque no significa algo; y falsamente acordamos que todas las palabras son signos, o que todo signo significa algo. Adeodato: Insistes demasiado; pero cuando no tenemos qué significar, pronunciamos alguna palabra completamente sin sentido: pero tú ahora al hablar conmigo, creo que no emites ningún sonido en vano, sino que con todo lo que sale de tu boca, me das un signo para que entienda algo; por lo cual no debes pronunciar estas dos sílabas mientras hablas, si no significas algo

con ellas. Si ves que es necesaria la pronunciación de ellas, y que somos enseñados o recordados cuando suenan en nuestros oídos, ves también seguramente lo que quiero decir, pero no puedo explicarlo. Agustín: ¿Qué hacemos entonces? ¿Decimos que una cierta afección del alma, cuando no ve la cosa, y sin embargo no encuentra que sea, o cree haber encontrado, se significa con esta palabra, más bien que la cosa misma que no es? Adeodato: Tal vez eso es lo que intentaba explicar. Agustín: Pasemos entonces de aquí, de cualquier manera que sea, para que no nos suceda algo muy absurdo. Adeodato: ¿Qué sería? Agustín: Que nada nos retenga, y suframos demoras. Adeodato: Esto es ridículo, y sin embargo no sé cómo veo que puede suceder; de hecho, claramente veo que ha sucedido.

4. Agustín: En su lugar, este tipo de contradicción, si Dios lo permite, lo entenderemos más claramente: ahora refiérete a ese verso, e intenta, como puedas, explicar qué significan las demás palabras. Adeodato: La tercera es una preposición, «ex», por la cual, creo, podemos decir «de». Agustín: No busco que por una voz muy conocida digas otra voz igualmente conocida que signifique lo mismo; si es que significa lo mismo: pero por ahora concedamos que así sea. Ciertamente, si este poeta no hubiera dicho «ex tanta urbe», sino «de tanta», y te preguntara qué significa «de», dirías «ex», ya que estas dos palabras son, es decir, signos, significando una cosa, como tú piensas: pero yo busco esa misma cosa, no sé qué una, que se significa con estos dos signos. Adeodato: Me parece que significa una cierta separación de algo que estaba en aquello de lo que se dice que es, ya sea que aquello no permanezca, como en este verso, no permaneciendo la ciudad, algunos troyanos podían ser de ella: o permanezca, como decimos que hay comerciantes de la ciudad de Roma en África. Agustín: Aunque te conceda que esto es así, y no enumere cuántas cosas tal vez se encuentren fuera de esta regla tuya; ciertamente te es fácil advertir que has expuesto palabras con palabras, es decir, signos con signos, igualmente conocidos: pero yo quería que me mostraras esas mismas cosas de las que estos son signos, si pudieras.

CAPÍTULO III.---Si alguna cosa puede mostrarse sin signo.

5. Adeodato: Me sorprende que no sepas, o más bien que finjas no saber, que con mi respuesta se hace lo que quieres que no se pueda hacer en absoluto; ya que estamos conversando, donde no podemos responder sino con palabras. Pero tú buscas cosas que, sean lo que sean, ciertamente no son palabras, que sin embargo también me preguntas con palabras. Así que primero busca tú sin palabras, para que luego yo responda bajo esa condición. Agustín: Actúas con justicia, lo admito: pero si preguntara qué significan estas tres sílabas cuando se dice «Paries», ¿no podrías señalar con el dedo para que yo viera completamente la cosa misma de la que esta palabra es signo, mostrándola tú, sin referir ninguna palabra? Adeodato: Concedo que esto puede hacerse solo con nombres que significan cuerpos, si esos cuerpos están presentes. Agustín: ¿No decimos que el color es un cuerpo, o más bien una cierta cualidad del cuerpo? Adeodato: Así es. Agustín: ¿Por qué entonces también aquí puede señalarse con el dedo? ¿O añades a los cuerpos también las cualidades de los cuerpos, para que, sin embargo, también estas, cuando están presentes, puedan enseñarse sin palabras? Adeodato: Cuando dije cuerpos, quería que se entendieran todas las cosas corporales, es decir, todas las que se perciben en los cuerpos. Agustín: Sin embargo, considera si también de aquí debes exceptuar algunas. Adeodato: Bien me adviertes: pues no debí decir todas las cosas corporales, sino todas las visibles. Pues admito que el sonido, el olor, el sabor, la gravedad, el calor, y otras cosas que pertenecen a los demás sentidos, aunque no puedan percibirse sin cuerpos, y por eso son corporales, sin embargo no pueden señalarse con el dedo. Agustín: ¿Nunca has visto cómo los hombres conversan con gestos con los sordos, y los mismos sordos no menos con gestos, ya sea preguntan, o responden, o enseñan, o indican todo lo que quieren, o al menos muchas cosas? Cuando esto

se hace, no solo se muestran cosas visibles sin palabras, sino también sonidos, sabores, y otras cosas de este tipo. Pues también los actores a menudo exponen y explican en los teatros obras completas sin palabras, solo con danza. Adeodato: No tengo nada que contradecir, salvo que «ex» no solo yo, sino ni siquiera el mismo actor podría mostrarte sin palabras lo que significa.

6. Agustín: Tal vez dices la verdad: pero supongamos que pudiera; no, como creo, dudas que, sea cual sea el movimiento del cuerpo que sea, con el que intente mostrarme lo que se significa con esta palabra, no será la cosa misma, sino un signo. Por lo tanto, aquí también no con una palabra, sino con un signo, no obstante, indicará un signo; de modo que tanto esta monosílaba «ex» como ese gesto signifiquen una cosa, que yo quería que se me mostrara no significando. Adeodato: ¿Cómo puede ser lo que buscas, te lo ruego? Agustín: ¿Cómo pudo ser el paries? Adeodato: Ni siquiera él, según ha enseñado la razón progresiva, puede mostrarse sin signo. Pues la intención del dedo no es ciertamente el paries, sino que se da un signo por el cual el paries puede ser visto. Por lo tanto, no veo nada que pueda mostrarse sin signos. Agustín: ¿Qué, si te preguntara qué es caminar, y te levantas y lo hicieras? ¿No usarías la cosa misma más bien que las palabras para enseñarme, o cualquier otro signo? Adeodato: Admito que es así, y me avergüenza no haber visto algo tan evidente: de lo cual también ahora se me ocurren miles de cosas que pueden mostrarse por sí mismas, no por signos, como comer, beber, sentarse, estar de pie, gritar, y muchas otras innumerables. Agustín: Vamos, ahora dime, si completamente ignorante de la fuerza de esta palabra, te preguntara mientras caminas qué es caminar, ¿cómo me enseñarías? Adeodato: Haría lo mismo un poco más rápido, para que después de tu pregunta alguna novedad te advirtiera; y sin embargo, no se haría otra cosa que lo que debería mostrarse. Agustín: ¿Sabes que caminar es una cosa, y apresurarse es otra? Pues quien camina, no necesariamente se apresura; y quien se apresura, no necesariamente camina: pues decimos apresurarse también en escribir y leer, y en innumerables otras cosas. Por lo tanto, cuando hicieras más rápido lo que hacías después de mi pregunta, pensaría que caminar no es otra cosa que apresurarse: pues eso nuevo habías añadido; y por eso me engañaría. Adeodato: Admito que no podemos mostrar la cosa sin signo, si se nos pregunta mientras la hacemos: pues si no añadimos nada, quien pregunta pensará que no queremos mostrar, y despreciándolo a él, perseveramos en lo que hacíamos. Pero si se pregunta sobre cosas que podemos hacer, y no se pregunta en el momento en que las hacemos, podemos después de su pregunta, al hacerlas, mostrar lo que pregunta con la cosa misma más bien que con un signo: a menos que me pregunte mientras hablo qué es hablar; pues lo que sea que diga, para enseñarle, es necesario que hable: por lo cual seguiré enseñando, hasta que le haga claro lo que quiere, sin apartarme de la cosa misma que quiso que se le mostrara, ni buscando signos para mostrarla más allá de ella misma.

CAPÍTULO IV.---Si los signos se muestran con signos.

7. Agustín: Muy agudo en verdad: por lo cual ve si ya estamos de acuerdo en que las cosas pueden mostrarse sin signos, que o no hacemos cuando se nos pregunta, y sin embargo podemos hacerlas de inmediato, o tal vez hacemos los mismos signos. Pues cuando hablamos, hacemos signos, de lo cual se ha dicho significar. Adeodato: Estamos de acuerdo. Agustín: Entonces, cuando se pregunta sobre algunos signos, los signos pueden mostrarse con signos: pero cuando se pregunta sobre cosas que no son signos, o al hacerlas después de la pregunta si pueden hacerse, o dando signos por los cuales puedan advertirse. Adeodato: Así es. Agustín: En esta distribución tripartita, consideremos primero, si te parece, que los signos se muestran con signos: ¿acaso solo las palabras son signos? Adeodato: No. Agustín: Entonces me parece que al hablar señalamos con palabras o las mismas palabras, o otros signos, como el gesto cuando decimos o la letra; pues estas dos palabras que se significan, no

obstante son signos: o algo más que no sea signo, como cuando decimos, Lapis; pues esta palabra es signo, ya que significa algo, pero lo que se significa con ella no es inmediatamente signo: pero este género, es decir, cuando con palabras se significan cosas que no son signos, no pertenece a esta parte que propusimos discutir. Pues hemos asumido considerar que los signos se muestran con signos, y hemos encontrado dos partes en ello, cuando enseñamos o recordamos signos con signos, ya sean los mismos o diferentes: ¿no te parece? Adeodato: Es evidente.

8. Ag. Dime, entonces, a qué sentido pertenecen las señales que son palabras. Ad. Al oído. Ag. ¿Y los gestos? Ad. A la vista. Ag. ¿Qué ocurre cuando encontramos palabras escritas? ¿No son palabras, o más bien se entienden como signos de palabras? De modo que una palabra es lo que se pronuncia con voz articulada y con algún significado; sin embargo, la voz no puede percibirse por otro sentido que no sea el oído: así, cuando se escribe una palabra, se convierte en un signo para los ojos, que trae a la mente aquello que pertenece a los oídos. Ad. Estoy completamente de acuerdo. Ag. También creo que estarás de acuerdo en que, cuando decimos "Nombre", significamos algo. Ad. Es cierto. Ag. ¿Qué exactamente? Ad. Lo que se llama algo, como Romulus, Roma, virtud, río, y muchas otras cosas. Ag. ¿Acaso esos cuatro nombres no significan cosas? Ad. Al contrario, sí significan algunas. Ag. ¿No hay diferencia entre estos nombres y las cosas que significan? Ad. Al contrario, hay mucha diferencia. Ag. Me gustaría escuchar de ti qué es esa diferencia. Ad. Principalmente, que estos son signos, y aquellas no lo son. Ag. ¿Te parece bien que llamemos "significables" a aquellas cosas que pueden ser significadas por signos y no son signos, así como llamamos "visibles" a aquellas cosas que pueden ser vistas, para que podamos discutir sobre ellas más cómodamente? Ad. Me parece bien. Ag. ¿Qué hay de esos cuatro signos que pronunciaste hace un momento, no se significan por ningún otro signo? Ad. Me sorprende que pienses que lo he olvidado, ya que hemos descubierto que lo que se escribe son signos de los signos que se pronuncian con la voz. Ag. ¿Cuál es la diferencia entre estos? Ad. Que aquellos son visibles, y estos son audibles. ¿Por qué no aceptar también este nombre, si hemos aceptado "significables"? Ag. Lo acepto completamente, y lo agradezco. Pero vuelvo a preguntar, ¿pueden esos cuatro signos ser significados por algún otro signo audible, como recordaste con los visibles? Ad. También recuerdo lo que se dijo recientemente. Pues respondí que el nombre significa algo, y a esta significación le subordiné esos cuatro; y tanto aquello como estos, si se pronuncian con la voz, reconozco que son audibles. Ag. ¿Cuál es entonces la diferencia entre un signo audible y los significados audibles, que a su vez son signos? Ad. Entre lo que decimos "Nombre" y estos cuatro que subordinamos a su significación, veo que la diferencia es que aquel es un signo audible de signos audibles: estos, sin embargo, son signos audibles, pero no de signos, sino de cosas en parte visibles, como Romulus, Roma, río; y en parte inteligibles, como virtud.

9. Ag. Lo acepto y lo apruebo: pero, ¿sabes que todo lo que se pronuncia con voz articulada y con algún significado se llama palabra? Ad. Lo sé. Ag. Entonces, el nombre también es una palabra, ya que vemos que se pronuncia con voz articulada y con algún significado; y cuando decimos que un hombre elocuente usa buenas palabras, también usa nombres; y cuando el esclavo en Terencio le dice al anciano amo, "Por favor, buenas palabras" (En Andria, acto 1, escena 2, v. 33), también había dicho muchos nombres. Ad. Estoy de acuerdo. Ag. Concedes, por tanto, que esas dos sílabas que pronunciamos cuando decimos "Palabra" también significan nombre, y por eso es su signo. Ad. Lo concedo. Ag. También me gustaría que respondieras esto. Cuando la palabra es signo del nombre, y el nombre es signo del río, y el río es signo de la cosa que ya puede verse, así como dijiste qué diferencia hay entre esta cosa y el río, es decir, su signo, y entre este signo y el nombre que es signo de este signo; ¿qué

crees que diferencia hay entre el signo del nombre, que hemos descubierto que es la palabra, y el mismo nombre del que es signo? Ad. Entiendo que la diferencia es que lo que se significa con el nombre también se significa con la palabra; pues así como el nombre es una palabra, también el río es una palabra: pero no todo lo que se significa con la palabra se significa con el nombre. Pues también aquello, "si", que en el verso propuesto por ti está al principio, y esto, "ex", sobre lo que hemos estado discutiendo durante mucho tiempo y hemos llegado a esto guiados por la razón, son palabras, pero no nombres; y se encuentran muchas cosas similares. Por lo tanto, dado que todos los nombres son palabras, pero no todas las palabras son nombres, creo que está claro cuál es la diferencia entre palabra y nombre, es decir, entre el signo de su signo que no significa otros signos, y el signo de su signo que a su vez significa otros. Ag. ¿Concedes que todo caballo es un animal, pero no todo animal es un caballo? Ad. ¿Quién lo dudaría? Ag. Entonces, la diferencia entre nombre y palabra es la misma que entre caballo y animal. A menos que te detenga de asentir el hecho de que también decimos palabra de otra manera, por la que se significan aquellas cosas que se declinan por tiempos, como escribo, escribí, leo, leí, que claramente no son nombres. Ad. Has dicho precisamente lo que me hacía dudar. Ag. Que eso no te preocupe. Pues también decimos signos universalmente de todo lo que significa algo, donde también encontramos palabras. También decimos signos militares, que ya se llaman propiamente signos, a los que las palabras no pertenecen. Y sin embargo, si te dijera que así como todo caballo es un animal, pero no todo animal es un caballo, así toda palabra es un signo, pero no todo signo es una palabra, no dudarías, creo. Ad. Ahora entiendo, y estoy completamente de acuerdo, que la diferencia entre esa palabra universal y el nombre es la misma que entre animal y caballo.

10. Ag. ¿Sabes también que cuando decimos "Animal", es diferente este nombre trisílabo que se pronuncia con la voz, de aquello que se significa? Ad. Ya he concedido esto antes sobre todos los signos y significables. Ag. ¿Te parece que todos los signos significan algo diferente de lo que son, como este trisílabo, cuando decimos "Animal", que de ninguna manera significa lo mismo que es? Ad. No realmente: pues cuando decimos "Signo", no solo significa todos los demás signos que sean, sino también a sí mismo; pues es una palabra, y ciertamente todas las palabras son signos. Ag. ¿Qué hay de esto? En este disílabo, cuando decimos "Palabra", ¿no ocurre algo similar? Pues si todo lo que se pronuncia con voz articulada y con algún significado se significa con este disílabo, también este mismo se incluye en el género. Ad. Así es. Ag. ¿Y el nombre no tiene una situación similar? Pues significa nombres de todos los géneros, y el mismo nombre es un nombre de género neutro. ¿O si te preguntara qué parte del discurso es el nombre, podrías responder correctamente si no es "nombre"? Ad. Dices la verdad. Ag. Por lo tanto, hay signos que, entre otras cosas que significan, también se significan a sí mismos. Ad. Los hay. Ag. ¿Te parece que este signo cuadr sílabo, cuando decimos "Conjunción", es así? Ad. De ninguna manera: pues las cosas que significa no son nombres; sin embargo, esto es un nombre.

CAPÍTULO V.---Signos mutuos.

11. Ag. Has prestado buena atención: ahora observa si se encuentran signos que se significan mutuamente, de modo que así como este significa a aquel, aquel signifique a este: pues no es así entre este cuadr sílabo, cuando decimos "Conjunción", y aquellas cosas que se significan por este, cuando decimos "Si", "o", "pues", "porque", y similares; pues estas se significan por aquel uno, pero ninguno de estos significa aquel cuadr sílabo. Ad. Veo, y deseo conocer qué signos se significan mutuamente. Ag. ¿No sabes que cuando decimos "Nombre y palabra", decimos dos palabras? Ad. Lo sé. Ag. ¿Y no sabes que cuando decimos "Nombre y palabra", decimos dos nombres? Ad. También lo sé. Ag. Sabes, por tanto, que tanto el nombre se significa por la palabra, como también la palabra se significa por el nombre. Ad. Estoy de

acuerdo. Ag. ¿Puedes decir, excepto por el hecho de que se escriben y suenan de manera diferente, en qué se diferencian entre sí? Ad. Tal vez pueda; pues veo que es lo que dije hace un momento. Pues cuando decimos palabras, significamos todo lo que se pronuncia con voz articulada y con algún significado; de donde todo nombre, e incluso cuando decimos "Nombre", es una palabra: pero no toda palabra es un nombre, aunque el nombre sea, cuando decimos "Palabra".

12. Ag. ¿Qué, si alguien te afirmara y probara que así como todo nombre es una palabra, también toda palabra es un nombre? ¿Podrías encontrar en qué se diferencian, aparte del sonido diverso en las letras? Ad. No podría, ni creo que haya alguna diferencia. Ag. ¿Qué, si todo lo que se pronuncia con voz articulada y con algún significado, son tanto palabras como nombres; pero sin embargo, son palabras por una razón, y nombres por otra? ¿No habría diferencia entre nombre y palabra? Ad. No entiendo cómo podría ser eso. Ag. Al menos entiendes que todo lo coloreado es visible, y todo lo visible es coloreado, aunque estas dos palabras significan de manera distinta y diferente. Ad. Lo entiendo. Ag. ¿Qué, si entonces así también toda palabra es un nombre, y todo nombre es una palabra, aunque estos mismos dos nombres, o dos palabras, es decir, nombre y palabra, tengan una significación diferente? Ad. Ya veo que eso puede suceder: pero espero que muestres cómo sucede. Ag. Todo lo que se pronuncia con voz articulada y con algún significado, observas, creo, que golpea el oído, para ser sentido; y se confía a la memoria, para que pueda ser conocido. Ad. Lo observo. Ag. Por lo tanto, ocurren dos cosas cuando pronunciamos algo con tal voz. Ad. Así es. Ag. ¿Qué, si de estas dos cosas, las palabras se llaman por una, y los nombres por la otra; las palabras, por supuesto, por golpear, y los nombres por conocer, de modo que lo primero se llame por los oídos, y lo segundo por el alma?

13. Ad. Lo concederé, cuando muestres cómo podemos correctamente llamar nombres a todas las palabras. Ag. Es fácil: pues creo que has recibido y retenido que el pronombre se llama así porque vale por el mismo nombre, aunque señala la cosa con menos plena significación que el nombre. Pues, creo, lo definió así aquel a quien entregaste al gramático: El pronombre es una parte del discurso que, puesta en lugar del mismo nombre, aunque menos plenamente, sin embargo, significa lo mismo. Ad. Lo recuerdo y lo apruebo. Ag. Ves, por tanto, según esta definición, que los pronombres no sirven más que a los nombres, y solo pueden ponerse en lugar de estos, como cuando decimos "Este hombre", "el mismo rey", "la misma mujer", "este oro", "aquella plata": "este", "el mismo", "la misma", "este", "aquella" son pronombres; "hombre", "rey", "mujer", "oro", "plata" son nombres, con los que las cosas significadas son más plenamente que con aquellos pronombres. Ad. Lo veo y estoy de acuerdo. Ag. Ahora dime algunas conjunciones cualquiera. Ad. Y, que, pero, y también. Ag. ¿No te parece que todas estas que dijiste son nombres? Ad. No del todo. Ag. Al menos te parezco haber hablado correctamente cuando dije "Todas estas que dijiste"? Ad. Completamente correcto; y ya entiendo cuán maravillosamente has mostrado que he enunciado nombres: pues de otro modo no se podría haber dicho correctamente de estas "Todas estas". Pero aún temo que quizás me parezcas haber hablado correctamente porque no niego que estas cuatro conjunciones también son palabras; de modo que se pudo haber dicho correctamente de estas "Todas estas", porque se dice correctamente "Todas estas palabras". Pero si me preguntas qué parte del discurso es "Palabras", no responderé otra cosa que "Nombre". Por lo tanto, quizás a este nombre se le adjuntó un pronombre, para que tu expresión fuera correcta.

14. Ag. Te equivocas agudamente, pero para que dejes de equivocarte, presta atención más agudamente a lo que diré, si es que puedo decirlo como quiero: pues tratar con palabras sobre palabras es tan complicado como insertar y frotar dedos con dedos; donde apenas se

distingue, excepto por quien lo hace, cuáles dedos pican, y cuáles ayudan a los que pican. Ad. Estoy completamente atento, pues esta comparación me ha hecho muy atento. Ag. Las palabras ciertamente consisten en sonido y letras. Ad. Así es. Ag. Por lo tanto, para usar la autoridad que más nos importa, cuando dice el apóstol Pablo, "No había en Cristo Sí y No, sino que en él era Sí" (II Cor. I, 19), no creo que debamos pensar que estas tres letras que pronunciamos cuando decimos "sí" estaban en Cristo, sino más bien aquello que se significa con estas tres letras. Ad. Dices la verdad. Ag. Entiendes, por tanto, que quien dijo "Sí en él era", no dijo otra cosa que "Se llama Sí lo que estaba en él": como si hubiera dicho "La virtud estaba en él"; no se entendería que dijo otra cosa que "se llama virtud lo que estaba en él": para que no pensemos que estas dos sílabas que pronunciamos cuando decimos "Virtud", y no aquello que se significa con estas dos sílabas, estaban en él. Ad. Lo entiendo y lo sigo. Ag. ¿Qué? ¿No entiendes que tampoco hay diferencia entre decir "Se llama virtud" y "Se nombra virtud"? Ad. Es evidente. Ag. Por lo tanto, es igualmente evidente que no hay diferencia entre decir "Se llama Sí" y "Se nombra Sí lo que estaba en él". Ad. Veo que aquí no hay diferencia. Ag. ¿Ya ves lo que quiero mostrar? Ad. Aún no. Ag. ¿No ves que el nombre es aquello por lo que se nombra alguna cosa? Ad. Esto es lo más claro que veo. Ag. Ves, por tanto, que "Sí" es un nombre, si aquello que estaba en él se llama "Sí". Ad. No puedo negarlo. Ag. Pero si te preguntara qué parte del discurso es "Sí", no creo que dijeras que es un nombre, sino una palabra, aunque la razón también enseña que es un nombre. Ad. Así es exactamente como dices. Ag. ¿Todavía dudas que también otras partes del discurso sean nombres de la misma manera que hemos demostrado? Ad. No dudo, ya que admito que significan algo. Pero si preguntas qué se llama, es decir, se nombra, cada una de las cosas que significan, no puedo responder más que esas mismas partes del discurso, que no llamamos nombres, pero, como veo, estamos convencidos de llamar.

15. Ag. ¿No te preocupa que alguien pueda surgir que debilite nuestra razón diciendo que al apóstol no se le debe atribuir la autoridad de las palabras, sino de las cosas; por lo que el fundamento de nuestra persuasión no es tan firme como pensamos: pues podría ser que Pablo, aunque vivió y enseñó rectamente, sin embargo, habló menos correctamente cuando dijo "Sí en él era"; especialmente cuando él mismo se confiesa inexperto en el habla? (II Cor. XI, 6.) ¿Cómo crees que se debe refutar a tal persona? Ad. No tengo nada que contradecir, y te ruego que encuentres a alguien de aquellos a quienes se concede el máximo conocimiento de las palabras, cuya autoridad prefieras usar para lograr lo que deseas. Ag. ¿Te parece menos adecuada, sin recurrir a las autoridades, la misma razón que demuestra que todas las partes del discurso significan algo, y por eso se llaman; si se llaman, también se nombran; si se nombran, se nombran con un nombre: lo cual se juzga fácilmente en diferentes lenguas. Pues, ¿quién no ve que si preguntas qué nombran los griegos lo que nosotros nombramos "Quis", se responde "τίς"; qué nombran los griegos lo que nosotros nombramos "Volo", se responde "θέλω"; qué nombran los griegos lo que nosotros nombramos "Bene", se responde "καλῶς"; qué nombran los griegos lo que nosotros nombramos "Scriptum", se responde "τὸ γεγραμμένον"; qué nombran los griegos lo que nosotros nombramos "Et", se responde "καὶ"; qué nombran los griegos lo que nosotros nombramos "Ab", se responde "ἀπὸ"; qué nombran los griegos lo que nosotros nombramos "Heu", se responde "οἶ"; y en todas estas partes del discurso que ahora he enumerado, quien así pregunte habla correctamente: lo cual no podría hacerse si no fueran nombres? Por esta razón, podemos sostener que el apóstol Pablo habló correctamente, sin recurrir a las autoridades de todos los elocuentes; ¿qué necesidad hay de buscar a alguien cuya persona respalde nuestra sentencia?

16. Pero para que nadie más lento o descarado aún no ceda, y afirme que, a menos que sean esos autores a quienes se les atribuyen las leyes de las palabras por consenso de todos, de

ninguna manera cederá; ¿qué puede encontrarse en la lengua latina más excelente que Cicerón? Sin embargo, en sus oraciones más nobles, llamadas Verrinas, llamó nombre a la preposición Coram, ya sea que en ese lugar sea un adverbio. No obstante, porque puede ser que yo entienda menos bien ese lugar, y se exponga de otra manera, ya sea por mí o por otro; hay algo a lo que creo que no se puede responder nada. Pues los maestros más nobles de las disputas enseñan que una sentencia completa consta de un nombre y un verbo, que puede afirmarse o negarse: de este tipo, Cicerón en algún lugar llama pronunciamiento: y cuando está la tercera persona del verbo, dicen que debe haber un nominativo con ella en el caso del nombre; y dicen correctamente: lo cual, si lo consideras conmigo, como cuando decimos, El hombre se sienta, El caballo corre, reconoces, creo, que hay dos pronunciamientos. Ad. Reconozco. Aug. Ves que en cada uno hay un nombre, en uno hombre, en el otro caballo; y un verbo en cada uno, en uno se sienta, en el otro corre? Ad. Veo. Aug. Entonces, si dijera, solo se sienta, o solo corre, correctamente me preguntaría, quién o qué; para que respondiera, Hombre, o caballo, o animal, o cualquier otra cosa, con lo que el nombre pueda completar el pronunciamiento del verbo, es decir, esa sentencia que puede afirmarse y negarse. Ad. Entiendo. Aug. Presta atención a lo demás, e imagina que vemos algo a lo lejos, y tenemos incertidumbre sobre si es un animal o una piedra, o cualquier otra cosa, y yo te digo, Porque es hombre, es animal; ¿no hablaría temerariamente? Ad. Totalmente temerariamente: pero no hablarías temerariamente si dijeras, Si es hombre, es animal. Aug. Dices correctamente. Así que en tu locución me agrada, Si; y también te agrada a ti: pero a ambos nos desagrada en la mía, Porque. Ad. Estoy de acuerdo. Aug. Mira ahora si esas dos sentencias son pronunciamientos completos: Me agrada si, me desagrada porque. Ad. Completamente completos. Aug. Vamos, ahora dime cuáles son los verbos y cuáles los nombres allí. Ad. Veo que los verbos son, agrada, y, desagrada: y los nombres, ¿qué otra cosa sino, si, y, porque? Aug. Por lo tanto, está suficientemente probado que estas dos conjunciones también son nombres. Ad. Completamente suficiente. Aug. ¿Puedes tú mismo enseñar esto mismo en otras partes del discurso según la misma regla? Ad. Puedo.

CAPÍTULO VI.---Signos que se significan a sí mismos.

17. Aug. Pasemos entonces de aquí, y ahora dime si, así como hemos descubierto que todos los verbos son nombres, y todos los nombres son verbos, así también te parece que todos los nombres son vocablos, y todos los vocablos son nombres. Ad. Claramente no veo qué diferencia hay entre estos más allá del diferente sonido de las sílabas. Aug. Ni yo por ahora me opongo, aunque no faltan quienes también los distinguen por su significado, cuya opinión no es necesario considerar ahora. Pero ciertamente adviertes que ya hemos llegado a esos signos que se significan mutuamente, sin diferencia alguna más allá del sonido, y que se significan a sí mismos junto con todas las demás partes del discurso. Ad. No entiendo. Aug. ¿No entiendes entonces que tanto el nombre se significa por el vocablo como el vocablo por el nombre; y de tal manera que, aparte del sonido de las letras, no hay diferencia en cuanto al nombre general? Pues también decimos nombre especial, que está entre las ocho partes del discurso de tal manera que no contiene a las otras siete. Ad. Entiendo. Aug. Eso es lo que dije, que el vocablo y el nombre se significan mutuamente.

18. Ad. Lo entiendo, pero pregunto qué dijiste, Cuando también se significan a sí mismos junto con otras partes del discurso. Aug. ¿No enseñó la razón anterior que todas las partes del discurso pueden llamarse nombres y vocablos, es decir, que pueden significarse por nombre y vocablo? Ad. Así es. Aug. ¿Qué? Si te pregunto qué llamas al mismo nombre, es decir, a ese sonido expresado en dos sílabas, ¿no me responderás correctamente, Nombre? Ad. Correctamente. Aug. ¿Acaso se significa a sí mismo este signo que pronunciamos con cuatro sílabas cuando decimos, Conjunción? Pues este nombre no puede contarse entre aquellos que

significa. Ad. Lo entiendo correctamente. Aug. Eso es lo que se dijo, que el nombre se significa a sí mismo junto con los otros que significa; lo cual también puedes entender por ti mismo sobre el vocablo. Ad. Ahora es fácil: pero ahora me viene a la mente que el nombre se dice tanto en general como en especial; pero el vocablo no se toma entre las ocho partes del discurso: por lo cual también creo que difieren entre sí más allá del diferente sonido. Aug. ¿Qué? ¿Crees que el nombre y ὄνομα difieren entre sí en algo más allá del sonido, por el cual también se distinguen las lenguas latina y griega? Ad. Aquí realmente no entiendo nada más. Aug. Por lo tanto, hemos llegado a esos signos que se significan a sí mismos, y se significan mutuamente uno al otro, y cualquier cosa por uno y por otro; y no difieren entre sí más allá del sonido: pues esto es lo que acabamos de encontrar; pues los tres anteriores se entienden tanto del nombre como del verbo. Ad. Completamente hemos llegado.

CAPÍTULO VII.---Epílogo de los capítulos precedentes.

19. Aug. Ahora me gustaría que repasaras lo que hemos descubierto conversando. Ad. Haré lo que pueda. Pues primero de todo recuerdo que durante algún tiempo buscamos por qué razón hablamos, y se encontró que hablamos por el bien de enseñar o recordar, ya que ni siquiera cuando preguntamos hacemos otra cosa que hacer que el que es preguntado aprenda lo que queremos escuchar; y en el canto, que parece que hacemos por causa de la delectación, no es propio del habla; en la oración a Dios, a quien no podemos pensar que se le enseñe o recuerde, las palabras valen para que o bien nos recordemos a nosotros mismos, o bien otros sean recordados o enseñados por nosotros. Luego, cuando quedó suficientemente establecido que las palabras no son otra cosa que signos; y que aquellas que no significan algo no pueden ser signos, propusiste un verso, cuyos palabras intentara mostrar qué significaban: y era: Si nihil ex tanta Superis placet urbe relinqui. Cuyo segundo verbo, aunque muy conocido y manifiesto, no encontrábamos qué significaba. Y aunque me parecía que no lo interponíamos en el habla en vano, sino que con él enseñamos algo al oyente, tal vez se indicaba con esta palabra la misma afección de la mente cuando no encuentra lo que busca, o cree haberlo encontrado; tú respondiste, pero sin embargo, evitando en broma no sé qué profundidad de la cuestión, lo pospusiste para otro momento para ser aclarado: y no pienses que he olvidado también tu deuda. Luego, cuando me esforzaba por exponer la tercera palabra en el verso, me urgías a que no usara otra palabra que significara lo mismo, sino que mostrara más bien la cosa misma que se significaba con las palabras. Y cuando dije que eso no podía hacerse conversando, llegamos a aquellas cosas que se señalan con el dedo a los que preguntan. Yo pensaba que todas estas cosas eran corporales, pero encontramos que solo eran visibles. De aquí, no sé cómo, llegamos a los sordos y a los actores, que no solo significan con gestos lo que solo puede verse, sino muchas otras cosas y casi todo lo que decimos, sin voz; sin embargo, encontramos que esos mismos gestos son signos. Luego comenzamos de nuevo a preguntar cómo podríamos mostrar las cosas mismas que se significan con signos, sin ningún signo, ya que incluso esa pared, y el color, y todo lo visible, que se señala con la intención del dedo, se demuestra que se muestra con algún signo. Aquí, errando, cuando dije que no se podía encontrar nada de este tipo, finalmente acordamos entre nosotros que se pueden demostrar sin signo aquellas cosas que, cuando se nos preguntan, no hacemos, y después de la investigación podemos hacer; sin embargo, el habla no es de ese tipo: ya que incluso los que hablan, cuando se les pregunta qué es el habla, se demostró que es fácil mostrarla por sí misma.

20. De lo cual fuimos advertidos de que o bien los signos muestran signos, o bien los signos muestran otras cosas que no son signos, o incluso sin signo las cosas que podemos hacer después de la pregunta: y de estas tres, asumimos la primera para considerarla y discutirla más diligentemente. En esta discusión se declaró que hay signos que no pueden ser

significados recíprocamente por aquellos signos que significan, como es este cuadrisílabo cuando decimos, Conjunción: y hay signos que pueden, como cuando decimos, Signo, también significamos verbo; y cuando decimos, Verbo, también significamos signo; pues signo y verbo, son dos signos y dos verbos. Pero en este género, en el que los signos se significan mutuamente, se mostró que algunos no solo significan tanto, algunos significan tanto, y algunos incluso significan lo mismo. Pues este disílabo, que suena cuando decimos, Signo, significa absolutamente todo por lo que algo se significa: pero no es signo de todos los signos cuando decimos, Verbo, sino solo de aquellos que se pronuncian con voz articulada. De donde es manifiesto que, aunque tanto el verbo se significa por el signo, como el signo por el verbo, es decir, tanto esas dos sílabas por aquellas, como aquellas por estas se significan, sin embargo, el signo vale más que el verbo, es decir, esas dos sílabas significan más que estas. Sin embargo, el verbo general y el nombre general valen tanto. Pues la razón enseñó que todas las partes del discurso también son nombres, lo cual también se puede añadir a los pronombres, y se puede decir de todos que nombran algo, y no hay ninguna de ellas que no pueda completar un pronunciamiento con un verbo adjunto. Pero aunque el nombre y el verbo valen tanto, porque todo lo que son verbos, también son nombres; sin embargo, no valen lo mismo. Pues se discutió suficientemente que se llaman verbos por una razón, y nombres por otra. Pues se descubrió que uno de estos se nota por la vibración del oído, y el otro por la conmemoración del alma, o se puede entender por esto, que al hablar decimos correctamente, ¿Cuál es el nombre de esta cosa?, deseando encomendar la cosa a la memoria; pero no solemos decir, ¿Cuál es el verbo de esta cosa? Pero lo que no solo significa tanto, sino también lo mismo completamente, y entre lo que no hay diferencia más allá del sonido de las letras, encontramos el nombre y ὄνομα. Sin embargo, se me había escapado si en este género, en el que se significan mutuamente, no encontramos ningún signo que no se signifique a sí mismo entre las otras cosas que significa. Esto es lo que he recordado tanto como he podido. Ahora tú verás, a quien no creo que hayas dicho nada en este discurso sino con conocimiento y certeza, si he ordenado bien y correctamente estas cosas.

CAPÍTULO VIII.---No se discuten estas cosas en vano. También, al escuchar signos, el alma debe referirse a las cosas significadas para responder al que pregunta.

21. Aug. Has recordado bastante bien todo lo que quería; y, para confesarte, ahora me parecen estas cosas mucho más claramente distinguidas que cuando las buscábamos y discutíamos, sacándolas ambos de no sé qué escondites. Pero a dónde intento llegar contigo con tantas vueltas, es difícil de decir en este lugar. Pues tal vez pienses que estamos jugando, y apartando la mente de cosas serias, como con ciertas cuestiones infantiles, o buscas una pequeña o mediana utilidad; o si sospechas que esta discusión está gestando algo grande, ya deseas saberlo o al menos escucharlo. Pero quiero que creas que no he iniciado este discurso con juegos triviales, aunque tal vez juguemos, y eso mismo no debe ser estimado con un sentido infantil; ni pienso en bienes pequeños o medianos. Y sin embargo, si digo que es una cierta vida bienaventurada, y la misma eterna, a donde deseo que seamos conducidos por Dios, es decir, por la misma verdad, con ciertos pasos acomodados a nuestro débil paso; temo parecer ridículo, que no por las cosas mismas que se significan, sino por la consideración de los signos, he comenzado tal camino. Por lo tanto, me darás permiso si ensayo contigo no por el bien del juego, sino para ejercitar las fuerzas y la agudeza de la mente, con las cuales podamos no solo soportar, sino también amar el calor y la luz de aquella región donde está la vida bienaventurada. Ad. Más bien continúa como has comenzado: pues nunca pensaría que lo que tú has considerado digno de decir o hacer sea despreciable.

22. Aug. Vamos, ahora consideremos esa parte, cuando no se significan otros signos con signos, sino aquellas cosas que llamamos significables. Y primero dime si el hombre es

hombre. Ad. Ahora realmente no sé si estás jugando. Aug. ¿Por qué así? Ad. Porque consideras necesario preguntarme si el hombre es otra cosa que hombre. Aug. Así creo que pensarías que te estoy engañando, si también preguntara si la primera sílaba de este nombre es otra cosa que, ho, y la segunda que, mo. Ad. Así es completamente. Aug. Pero esas dos sílabas juntas, es hombre: ¿o lo negarás? Ad. ¿Quién lo negaría? Aug. Pregunto entonces, si tú eres esas dos sílabas juntas. Ad. De ninguna manera: pero veo a dónde te diriges. Aug. Dilo entonces, para que no pienses que soy insultante. Ad. Crees que se concluye que no soy hombre. Aug. ¿Qué, no piensas lo mismo, que concedes que todo lo anterior de lo que esto se concluyó es verdadero? Ad. No te diré lo que pienso, a menos que primero escuche de ti, cuando preguntaste si el hombre es hombre, si me preguntaste sobre las dos sílabas que suenan, o sobre la cosa misma que significan. Aug. Más bien responde desde qué parte tomaste mi pregunta: pues si es ambigua, primero debiste evitar esto, y no responderme antes de estar seguro de cómo pregunté. Ad. ¿Qué me impedía esta ambigüedad, cuando respondí a ambos; pues el hombre es completamente hombre: pues esas dos sílabas separadas no son otra cosa que esas dos sílabas; y lo que significan, no es otra cosa que lo que es. Aug. Esto está bien dicho: pero ¿por qué solo eso que se dijo hombre, no también las otras cosas que dijimos, lo tomaste para ambos? Ad. ¿De dónde se me convence de que no tomé también las otras cosas así? Aug. Para omitir otras cosas, esa misma primera pregunta mía, si la hubieras tomado toda desde esa parte donde suenan las sílabas, no me habrías respondido nada; pues podría parecerme que no pregunté nada: ahora bien, cuando pronuncié tres palabras, de las cuales repetí una en medio diciendo si el hombre, es hombre, es evidente por este solo hecho que tomaste el primer y último verbo, no según los mismos signos, sino según lo que significan, ya que inmediatamente pensaste que debías responder a la pregunta con certeza y confianza. Ad. Dices la verdad. Aug. ¿Por qué entonces solo lo que está en medio, te complació tomarlo tanto según lo que suena como según lo que significa? Ad. Mira, ahora lo tomo todo solo desde esa parte donde se significa: pues estoy de acuerdo contigo, que no podemos conversar en absoluto, a menos que, al escuchar las palabras, el alma se dirija a aquellas cosas de las que estas son signos. Por lo tanto, muestra ahora, cómo fui engañado por esa argumentación, por la cual se concluye que no soy hombre. Aug. Más bien volveré a preguntar lo mismo, para que tú mismo encuentres dónde te equivocaste. Ad. Haces bien.

23. Aug. Por lo tanto, lo que primero pregunté, ya que lo has concedido, no lo preguntaré. Mira entonces más diligentemente, si la sílaba, ho, no es otra cosa que, ho; y si, mo, no es otra cosa que, mo. Ad. Aquí realmente no veo otra cosa. Aug. Mira también si al juntar estas dos, se hace hombre. Ad. De ninguna manera concederé esto: pues ha complacido, y correctamente ha complacido, atender al signo dado a lo que se significa, y desde su consideración dar o negar lo que se dice. Pero esas sílabas pronunciadas separadamente, porque sonaron sin ninguna significación, se concedió que son lo que sonaron. Aug. ¿Te agrada entonces, y mantienes firmemente en tu mente que no se debe responder a las preguntas, sino desde aquellas cosas que se significan con las palabras? Ad. No entiendo por qué no debería agradar, si solo son palabras. Aug. Me gustaría saber cómo resistirías a aquel de quien solemos escuchar en broma, que concluyó que un león salió de la boca de aquel con quien discutía. Pues cuando preguntó si lo que hablábamos salía de nuestra boca, y aquel no pudo negar; lo cual fue fácil, trató con el hombre para que al hablar nombrara un león: cuando esto se hizo, comenzó a insultar ridículamente y a presionar, para que, ya que había confesado que lo que hablábamos salía de nuestra boca, y no podía negar que había hablado de un león, no pareciera un hombre malo haber vomitado una bestia tan enorme. Ad. De ninguna manera era difícil resistir a este bufón; pues no concedería que lo que sea que hablemos salga de nuestra boca. Pues lo que hablamos, lo significamos; pero no sale de la

boca del que habla lo que se significa, sino el signo por el cual se significa, a menos que se signifiquen los mismos signos: lo cual tratamos un poco antes.

24. Ago. Bien podrías estar preparado de esta manera contra él: sin embargo, ¿qué me responderás a mí, que pregunto si "hombre" es un nombre? Ad. ¿Qué, sino que es un nombre? Ago. ¿Qué? Cuando te veo, ¿acaso veo un nombre? Ad. No. Ago. ¿Quieres entonces que diga lo que sigue? Ad. No, por favor; pues yo mismo me retracto, no soy un hombre, ya que respondí que era un nombre, cuando preguntabas si "hombre" era un nombre. Ya habíamos acordado que, de lo que se significara, se debía o asentir o negar lo que se decía. Ago. Pero me parece que no caíste en esta respuesta en vano; pues la misma ley de la razón, impresa en nuestras mentes, venció tu vigilancia: porque si preguntara qué es un hombre, responderías tal vez, Animal; pero si preguntara qué parte del discurso es "hombre", de ninguna manera podrías responder correctamente sino, Nombre: por lo tanto, cuando se encuentra que "hombre" es tanto un nombre como un animal, se dice aquello desde la parte en que es un signo, esto desde la parte de la cosa que significa. Por lo tanto, quien pregunta si "hombre" es un nombre, no le responderé otra cosa que ser: pues significa suficientemente que quiere escuchar desde la parte en que es un signo. Pero si pregunta si es un animal, mucho más fácilmente lo concederé: porque si, en silencio, y nombre y animal, solo preguntara qué es un hombre, la regla de hablar acordada se dirigiría a lo que se significa con dos sílabas; y no se respondería nada sino animal, o incluso se diría toda la definición, es decir, animal racional mortal: ¿no te parece? Ad. Me parece completamente: pero habiendo concedido que es un nombre, ¿cómo evitaremos aquella conclusión demasiado insultante, por la cual se concluye que no somos hombres? Ago. ¿Cómo crees, sino demostrando que no se infiere desde la parte en que asentimos al que pregunta? O si confiesa inferirla desde esa parte, de ninguna manera es temible: ¿qué temería al confesar que no soy un hombre, es decir, esas tres sílabas? Ad. Nada es más cierto. ¿Por qué entonces ofende el ánimo cuando se dice, No eres, por tanto, un hombre; cuando, según lo concedido, nada más verdadero podría decirse? Ago. Porque no puedo evitar pensar que la conclusión se refiere a lo que se significa con estas dos sílabas, tan pronto como suenan estas palabras, es decir, aquella regla que naturalmente tiene mucho peso, para que, al escuchar los signos, la atención se dirija a las cosas significadas. Ad. Acepto lo que dices.

CAPÍTULO IX.---Si las cosas o su conocimiento deben ser valoradas más que sus propios signos.

25. Ago. Ahora quiero que entiendas, por tanto, que las cosas que se significan deben ser valoradas más que los signos. Pues todo lo que es por otra cosa, necesariamente es más vil que aquello por lo que es; a menos que pienses de otra manera. Ad. Me parece que no se debe asentir a esto a la ligera: pues cuando decimos, Lodo, creo que este nombre supera con creces a la cosa que significa. Porque lo que nos ofende al escuchar, no pertenece al sonido de la palabra misma; pues lodo, cambiando una letra, es cielo; pero vemos cuánta diferencia hay entre las cosas que se significan con estos nombres. Por lo tanto, de ninguna manera atribuiría a este signo lo que odiamos en la cosa que significa; y por eso, justamente lo antepongo: pues preferimos escucharlo que tocarlo con cualquier sentido. Ago. Muy vigilante, en verdad. Por lo tanto, es falso que todas las cosas deban ser valoradas más que sus signos. Ad. Así parece. Ago. Dime entonces qué crees que siguieron aquellos que dieron nombre a esta cosa tan fea y despreciable; o si los apruebas o desapruebas. Ad. Yo, en verdad, no me atrevo ni a aprobarlos ni a desaprobarlos, ni sé qué siguieron. Ago. ¿Puedes al menos saber qué sigues tú cuando pronuncias este nombre? Ad. Esto ciertamente puedo: pues quiero significar, para enseñar o advertir a aquel con quien hablo sobre esa cosa, lo que creo que debe ser enseñado

o advertido. Ago. ¿Qué? Enseñar o advertir, o ser enseñado o advertido, lo que tú mismo presentas convenientemente a través de este nombre, o se te presenta a ti; ¿no debe ser valorado más que el mismo nombre? Ad. Concedo que el mismo conocimiento, que ocurre a través de este signo, debe ser antepuesto al mismo signo; pero no por eso creo que también la cosa misma.

26. Ago. En nuestra sentencia, por tanto, aunque sea falso que todas las cosas deban ser antepuestas a sus signos; no obstante, no es falso que todo lo que es por otra cosa, sea más vil que aquello por lo que es. Pues el conocimiento del lodo, por el cual se instituyó este nombre, debe ser valorado más que el mismo nombre, que encontramos debe ser antepuesto al mismo lodo. Pues no por otra razón se antepone este conocimiento al signo del que hablamos, sino porque se demuestra que aquel es por este, no este por aquel. Pues así, cuando un glotón, y como dice el Apóstol, un adorador del vientre (Rom. XVI, 18), decía que vivía para comer; no lo soportó quien lo escuchaba, un hombre honesto, y dijo: "¿Cuánto mejor sería que comieras para vivir?" lo cual, sin duda, habló según esta misma regla. Pues no disgustó por otra razón, sino porque despreciaba tanto su vida, que la consideraba más vil que el placer de la garganta, diciendo que vivía para las comidas: ni este es justamente alabado por otra razón, sino porque, entendiendo qué era por qué, es decir, qué estaba sujeto a qué, advirtió que debíamos comer para vivir, más que vivir para comer. De manera similar, tú tal vez, y cualquiera de los hombres que no juzgan sin inteligencia las cosas, responderían a alguien hablador y amante de las palabras, que dijera: "Enseño para hablar", "Hombre, ¿por qué no más bien hablas para enseñar?" Si estas cosas son verdaderas, como reconoces que lo son, ves ciertamente cuánto menos deben ser valoradas las palabras que aquello por lo que usamos las palabras; pues el mismo uso de las palabras ya debe ser antepuesto a las palabras: pues las palabras son para que las usemos; las usamos para enseñar. Cuánto mejor es, por tanto, enseñar que hablar, tanto mejor es la enseñanza que las palabras. Pero deseo escuchar qué piensas que podría ser objetado.

27. Ad. Asiento, en verdad, que la enseñanza es mejor que las palabras; pero si contra esta regla que dice, "Todo lo que es por otra cosa, es inferior a aquello por lo que es", no hay nada que pueda objetarse, lo ignoro. Ago. Esto lo trataremos en otra ocasión más oportunamente y con más detalle: ahora lo que concedes es suficiente para lo que intento lograr. Pues concedes que el conocimiento de las cosas que se significan es más valioso que el conocimiento de los signos. Por lo tanto, el conocimiento de las cosas que se significan debe ser antepuesto al conocimiento de los signos: ¿no te parece? Ad. ¿Acaso no concedí que el conocimiento de las cosas es más valioso que el conocimiento de los signos, y no que los signos mismos? por lo cual temo que aquí no te asienta. Pues si, como el nombre lodo es mejor que la cosa que significa; así también el conocimiento de este nombre es antepuesto al conocimiento de aquella cosa, aunque el nombre mismo sea inferior a ese conocimiento. Pues hay cuatro cosas: el nombre, la cosa, el conocimiento del nombre, y el conocimiento de la cosa. Así como el primero al segundo, ¿por qué no también el tercero al cuarto lo supera? Pero para que no lo supere, ¿acaso debe ser también subordinado?

28. Ago. Veo que has comprendido maravillosamente bien lo que has concedido y has explicado lo que has sentido. Pero, creo, entiendes que este nombre trisílabo, que suena cuando decimos, Vicio, es mejor que lo que significa; aunque el conocimiento del nombre es mucho inferior al conocimiento de los vicios. Por lo tanto, aunque establezcas también estos cuatro y los consideres, el nombre y la cosa, el conocimiento del nombre y el conocimiento de la cosa; justamente anteponemos el primero al segundo. Pues este nombre colocado en un poema, cuando dice Persio, "Pero se asombra aquí por el vicio" (Sátira 3, v. 32), no solo no hizo ningún vicio en el verso, sino que incluso le dio algo de ornato: aunque la cosa misma

que se significa con este nombre, en quienquiera que esté, obliga a ser vicioso. Pero no así el tercero al cuarto, sino que vemos que el cuarto supera al tercero. Pues el conocimiento de este nombre es vil en comparación con el conocimiento de los vicios. Ad. ¿Incluso cuando este conocimiento hace más miserables, crees que debe ser preferido? Pues el mismo Persio antepone este único castigo a todos los que la crueldad de los tiranos ha ideado o la codicia ha impuesto, en el que los hombres que no pueden evitar los vicios son obligados a reconocerlos. Ago. De este modo puedes negar que el conocimiento de este nombre sea preferido incluso al conocimiento de las virtudes: porque ver la virtud y no tenerla, es un castigo: por lo cual el mismo satírico deseó que los tiranos fueran castigados (Ibid., v. 35-38). Ad. Dios aleje esta locura: ya entiendo que no deben ser culpados los mismos conocimientos, con los que la mejor de todas las disciplinas imbuye el alma; sino que deben ser juzgados los más miserables de todos, como creo que también Persio juzgó, aquellos que están afectados por tal enfermedad, a la que ni siquiera tanta medicina puede ayudar. Ago. Bien entiendes: pero de cualquier manera que se tenga la sentencia de Persio, ¿qué nos importa? Pues no estamos sujetos a la autoridad de estos en tales asuntos. Además, si algún conocimiento debe ser preferido a otro conocimiento, no es fácil explicarlo aquí. Me basta con lo que se ha logrado, que el conocimiento de las cosas que se significan, aunque no sea más valioso que el conocimiento de los signos, sin embargo, es más valioso que los mismos signos. Por lo tanto, ya discutamos más y más qué tipo de cosas son aquellas que decíamos que podían mostrarse sin signos por sí mismas, como hablar, caminar, sentarse, yacer, y otras cosas de este tipo. Ad. Ya recuerdo de qué hablas.

CAPÍTULO X.---Si algunas cosas pueden enseñarse sin signos. Las cosas no se aprenden por las mismas palabras.

29. Ago. ¿Te parece que todo lo que podemos hacer inmediatamente después de ser preguntados, puede mostrarse sin signo? ¿O exceptúas algo? Ad. Yo, en verdad, considerando una y otra vez todo este género, aún no encuentro nada que pueda enseñarse sin signo, a menos que tal vez sea la locución, y si tal vez alguien pregunte qué es enseñar. Pues veo que, sea lo que sea que haga después de su pregunta para que aprenda, no lo aprende de esa misma cosa que desea que se le muestre: pues si alguien, viéndome inactivo, o haciendo otra cosa, me pregunta qué es caminar, y yo inmediatamente caminando, intento enseñarle lo que preguntó sin signo; ¿cómo evitaré que piense que caminar es solo lo que yo he caminado? Si lo piensa, se engañará: pues quienquiera que haya caminado más o menos que yo, no pensará que ha caminado. Y lo que dije de esta única palabra, se aplica a todo lo que consentí que pudiera mostrarse sin signo, excepto a las dos cosas que exceptuamos.

30. Ago. Acepto eso: pero, ¿no te parece que hablar es una cosa, y enseñar otra? Ad. Me parece, ciertamente: pues si fuera lo mismo, nadie enseñaría sino hablando; pero como enseñamos muchas cosas también con otros signos, además de las palabras, ¿quién dudaría de esta diferencia? Ago. ¿Qué? ¿Enseñar y significar, no hay diferencia? ¿O difieren en algo? Ad. Creo que es lo mismo. Ago. ¿No dice correctamente quien dice que significamos para enseñar? Ad. Correctamente, en verdad. Ago. ¿Qué, si otro dice que enseñamos para significar? ¿No se refutará fácilmente con la sentencia anterior? Ad. Así es. Ago. Si, por tanto, significamos para enseñar, no enseñamos para significar; enseñar es una cosa, significar es otra. Ad. Dices la verdad, y no respondí correctamente que eran lo mismo. Ago. Ahora responde si quien enseña qué es enseñar, lo hace significando, o de otra manera. Ad. No veo cómo podría hacerlo de otra manera. Ago. Es falso, por tanto, lo que dijiste poco antes, que la cosa puede enseñarse sin signos, cuando se pregunta qué es enseñar; pues ni siquiera esto vemos que pueda hacerse sin significación, habiendo concedido que significar es una cosa, y enseñar otra. Pues si son diferentes, como aparece, y esto no se muestra sino

por aquello, no se muestra por sí mismo, como te parecía. Por lo tanto, aún no se ha encontrado nada que pueda enseñarse sin signos, excepto la locución, que entre otras cosas también se significa a sí misma: que, sin embargo, siendo también un signo, aún no se muestra que pueda enseñarse algo sin signos. Ad. No tengo nada por lo que no asienta.

31. Ago. Se ha concluido, por tanto, que nada puede enseñarse sin signos, y que el mismo conocimiento de las cosas que conocemos por signos, debe ser más valioso para nosotros: aunque no todas las cosas que se significan pueden ser más valiosas que sus signos. Ad. Así parece. Ago. ¿Recuerdas, por favor, cuánto rodeo se ha hecho para lograr una cosa tan pequeña? Pues desde que lanzamos palabras entre nosotros, lo que hemos hecho durante tanto tiempo, se ha trabajado para encontrar estas tres cosas: si nada puede enseñarse sin signos; y si hay algunos signos que deben ser preferidos a las cosas que significan; y si el conocimiento mismo de las cosas es mejor que los signos. Pero hay una cuarta cosa, que brevemente quisiera saber de ti, si crees que estas cosas se han encontrado de tal manera que ya no puedas dudar de ellas. Ad. Desearía que, con tantas vueltas y rodeos, se hubiera llegado a certezas; pero esta misma pregunta tuya, no sé cómo, me inquieta y me disuade de asentir. Pues me parece que no habrías preguntado esto de mí, a menos que tuvieras algo que objetar: y la misma complicación de las cosas no me permite examinar todo y responder con seguridad, temiendo que algo esté oculto en tantos pliegues, que la agudeza de mi mente no pueda abarcar. Ago. No recibo con desagrado tu duda; pues indica un ánimo nada temerario: lo cual es la mayor custodia de la tranquilidad. Pues es sumamente difícil no perturbarse cuando lo que sosteníamos con aprobación fácil y rápida se debilita con argumentos contrarios, y casi se nos arrebatara de las manos. Por lo tanto, así como es justo ceder a razones bien consideradas y comprendidas, así es peligroso tener por conocidas las cosas desconocidas. Pues hay temor de que, cuando a menudo se socavan las cosas que presumimos que permanecerán firmes y estables, caigamos en tal odio o temor a la razón, que ni siquiera la verdad evidente parezca digna de fe.

32. Pero vamos, ahora revisemos más libremente si crees que estas cosas deben ser dudadas correctamente. Pues te pregunto, si alguien ignorante del engaño de las aves, que se busca con cañas y liga, se encontrara con un cazador de aves, armado con sus herramientas, pero no cazando, sino viajando, al verlo, detuviera su paso, y, como suele suceder, admirado, pensara y preguntara qué querría aquel hombre con tal atuendo; y el cazador, viendo que estaba atento a él, por el deseo de mostrarse, desplegara las cañas, y cerca de alguna avecilla observada, la atraparía con la flauta y el halcón; ¿no enseñaría a su espectador, sin significación, sino con la cosa misma, lo que deseaba saber? Ad. Temo que haya algo aquí similar a lo que dije sobre aquel que pregunta qué es caminar. Pues no veo que todo el arte de la caza de aves se muestre. Ago. Es fácil liberarte de esta preocupación; pues añado que, si él es tan inteligente que, por lo que vio, reconoce todo el género de arte: es suficiente, pues, para el asunto, que algunas cosas puedan enseñarse a algunas personas sin signo. Ad. Esto también puedo añadirle; pues si es inteligente, con pocos pasos mostrados en la caminata, conocerá todo lo que es caminar. Ago. Hazlo por mí, si quieres, no solo no me opongo, sino que también lo apoyo: pues ves que por ambos se logra que algunas cosas puedan enseñarse a algunas personas sin signos, y que es falso lo que nos parecía poco antes, que no hay nada que pueda mostrarse sin signos. Pues ya de estas cosas no una o dos, sino miles de cosas ocurren a la mente, que se muestran por sí mismas sin signo. ¿Por qué dudamos, te lo ruego? Pues para omitir los innumerables espectáculos de los hombres en todos los teatros que exhiben cosas sin signo; ciertamente este sol y la luz que cubre y viste todas estas cosas, la luna y las demás estrellas, las tierras y los mares, y lo que innumerablemente se engendra en ellos, ¿no los muestra y exhibe Dios y la naturaleza a los que ven?

33. Pero si consideramos más cuidadosamente, tal vez no encuentres nada que se aprenda por sus propios signos. Pues cuando se me da un signo, si me encuentra ignorante de qué cosa es signo, no puede enseñarme nada: pero si me encuentra sabiendo, ¿qué aprendo por el signo? Pues no me muestra la cosa que significa la palabra cuando leo, "Y sus pantalones no fueron cambiados" (Dan. III, 94). Pues si se llaman así ciertos tocados de cabeza, ¿acaso al escuchar esto, aprendí qué es una cabeza, o qué son los tocados? ya lo sabía antes; y no cuando eran nombrados por otros, sino cuando eran vistos por mí, se me hizo el conocimiento de ellos. Pues cuando por primera vez estas dos sílabas, cuando decimos, Cabeza, golpearon mis oídos, tan ignorante estaba de qué significaban, como cuando por primera vez escuché o leí, pantalones. Pero cuando se decía a menudo, Cabeza, observando y notando cuándo se decía, descubrí que era el nombre de una cosa que ya me era muy conocida por la vista. Lo cual, antes de descubrirlo, solo era un sonido para mí esta palabra: pero aprendí que era un signo, cuando descubrí de qué cosa era signo; la cual, como dije, no aprendí por significación, sino por vista. Por lo tanto, más bien se aprende la cosa conocida por el signo, que la cosa misma por el signo dado.

34. Para entender esto más claramente, imagina que escuchamos por primera vez la palabra "cabeza" y, sin saber si esta palabra es solo un sonido o si también significa algo, preguntamos qué es "cabeza" (recuerda que no queremos conocer la cosa que se significa, sino el propio signo, del cual carecemos de conocimiento mientras ignoremos de qué es signo). Si, al preguntar de esta manera, se nos muestra la cosa misma con un dedo, al verla aprendemos el signo que habíamos oído pero aún no conocíamos. En este signo, aunque hay dos cosas, el sonido y el significado, ciertamente no percibimos el sonido a través de un signo, sino directamente al ser golpeados los oídos; el significado, sin embargo, lo percibimos al ver la cosa que se significa. Pues la intención del dedo no puede significar otra cosa que aquello a lo que se dirige: y se dirige no al signo, sino al miembro que se llama "cabeza". Por lo tanto, a través de esa intención no puedo conocer la cosa que ya conocía, ni el signo al que no se dirige el dedo. Pero no me preocupo demasiado por la intención del dedo, porque me parece más un signo de la demostración misma que de las cosas que se demuestran, como el adverbio que decimos "He aquí"; pues también solemos señalar con el dedo al decir este adverbio, para que no sea insuficiente un solo signo de demostración. Y me esfuerzo por persuadirte, si puedo, de que no aprendemos nada a través de esos signos que se llaman palabras; más bien, como dije, aprendemos el poder de la palabra, es decir, el significado que se oculta en el sonido, al conocer la cosa misma que se significa, más que percibirlo a través de tal significado.

35. Y lo que dije sobre la cabeza, también lo diría sobre las vestimentas y sobre innumerables otras cosas: aunque ya las conozca, aún no conozco esas "saraballas"; si alguien me las señalara con un gesto o las pintara, o me mostrara algo a lo que se parecen, no diría que no me ha enseñado, lo cual podría sostener fácilmente si quisiera hablar un poco más; pero digo lo que es más cercano, no me ha enseñado con palabras. Si, al verlas, alguien me advirtiera diciendo: "He aquí las saraballas", aprendería lo que no sabía, no por las palabras que se dijeron, sino por su aspecto, por el cual también llegué a conocer y retener el significado de ese nombre. Pues cuando aprendí la cosa misma, no creí en palabras ajenas, sino en mis propios ojos: aunque tal vez creí en ellos para prestar atención, es decir, para buscar con la vista lo que veía.

CAPÍTULO XI.---No aprendemos de las palabras que suenan afuera, sino de la verdad que enseña dentro.

36. Hasta ahora, las palabras, a las que les atribuyo mucho, solo nos advierten para que busquemos las cosas, no nos las muestran para que las conozcamos. Pero me enseña algo quien ofrece a mis ojos, o a cualquier sentido del cuerpo, o incluso a la mente misma, las cosas que quiero conocer. Por lo tanto, no aprendemos de las palabras más que palabras, o más bien el sonido y el ruido de las palabras: pues si no son signos, no pueden ser palabras, aunque ya haya oído la palabra, no sé que es una palabra hasta que sepa qué significa. Por lo tanto, conociendo las cosas, también se completa el conocimiento de las palabras; pero al escuchar las palabras, no se aprenden las palabras. Pues no aprendemos las palabras que ya conocemos; ni podemos confesar que hemos aprendido las que no conocemos, a menos que hayamos percibido su significado, lo cual no ocurre por la audición de las voces emitidas, sino por el conocimiento de las cosas significadas. Es una razón muy verdadera, y se dice muy verdaderamente, que cuando se pronuncian palabras, o sabemos qué significan, o no lo sabemos: si lo sabemos, más bien recordamos que aprendemos; si no lo sabemos, ni siquiera recordamos, sino que tal vez se nos advierte para buscar.

37. Si dijeras que esas vestimentas de las cabezas, cuyo nombre solo conocemos por el sonido, no podemos conocerlas a menos que las veamos, ni conocer plenamente el nombre mismo a menos que conozcamos las cosas mismas: pero lo que hemos aprendido de los niños, cómo superaron al rey y las llamas con fe y religión, qué alabanzas cantaron a Dios, qué honores merecieron incluso del enemigo, ¿no lo aprendimos de otra manera que no fuera a través de las palabras? Responderé que todo lo que se significó con esas palabras ya estaba en nuestro conocimiento. Pues qué son tres jóvenes, qué es un horno, qué es el fuego, qué es un rey, qué es finalmente salir ileso del fuego, y todas las demás cosas que esas palabras significan, ya las conocía. Ananías, Azarías y Misael me son tan desconocidos como esas saraballas; y esos nombres no me han ayudado ni podrían ayudarme a conocerlos. Todas estas cosas que se leen en esa historia, confieso que más bien creo que sucedieron en ese tiempo tal como están escritas, que saberlo: y aquellos mismos a quienes creemos no ignoraron esta diferencia. Pues el profeta dice: "Si no creéis, no entenderéis" (Isaías VII, 9, según los LXX): lo cual no habría dicho ciertamente si no hubiera juzgado que hay una diferencia. Por lo tanto, lo que entiendo, también lo creo: pero no todo lo que creo, también lo entiendo. Todo lo que entiendo, lo sé: no todo lo que creo, lo sé. Sin embargo, no ignoro cuán útil es creer incluso muchas cosas que no sé; a esta utilidad también añado la historia de los tres jóvenes: por lo cual, aunque no pueda saber muchas cosas, sé cuánta utilidad tiene crearlas.

38. Pero de todas las cosas que entendemos, no consultamos al que habla afuera, sino a la verdad que reside dentro de la mente misma, tal vez advertidos por las palabras para que consultemos. Pero aquel que es consultado, enseña, quien se dice que habita en el hombre interior, Cristo (Efesios III, 16, 17), es decir, la inmutable Virtud de Dios y la eterna Sabiduría: a quien toda alma racional consulta; pero se le revela a cada uno tanto como puede recibir debido a su propia voluntad, ya sea mala o buena. Y si alguna vez se engaña, no es por culpa de la verdad consultada, así como tampoco es culpa de esta luz exterior que los ojos del cuerpo a menudo se engañen: confesamos que consultamos esta luz sobre las cosas visibles, para que nos las muestre tanto como podemos verlas.

CAPÍTULO XII.---Cristo, la verdad, enseña dentro.

39. Si consultamos a la luz sobre los colores, y a los elementos de este mundo, que son los mismos cuerpos que sentimos, y a los sentidos mismos que la mente utiliza como intérpretes para conocer tales cosas; pero sobre las cosas que se entienden, consultamos a la verdad interior con la razón: ¿qué se puede decir que aclare que aprendemos algo de las palabras,

aparte del sonido que golpea los oídos? Pues todo lo que percibimos, lo percibimos o por el sentido del cuerpo, o por la mente. Aquellas son cosas sensibles, estas son inteligibles; o, para hablar al modo de nuestros autores, llamamos a aquellas carnales, y a estas espirituales. Cuando se nos pregunta sobre aquellas cosas que sentimos presentes, respondemos; como cuando se nos pregunta, mirando la luna nueva, cómo es o dónde está. Aquí, el que pregunta, si no ve, cree en las palabras, y a menudo no cree: pero de ninguna manera aprende, a menos que él mismo vea lo que se dice; donde ya no aprende de las palabras que sonaron, sino de las cosas mismas y de los sentidos. Pues las mismas palabras suenan al que ve, que también sonaron al que no ve. Pero cuando se pregunta sobre cosas que alguna vez sentimos; ya no hablamos de las cosas mismas, sino de las imágenes impresas por ellas y confiadas a la memoria: lo cual no sé cómo podemos decir que es verdadero, cuando contemplamos cosas falsas; a menos que porque no decimos que las vemos y sentimos, sino que las vimos y sentimos. Así llevamos en los recintos de la memoria ciertos documentos de cosas antes sentidas, que contemplando con el ánimo, no mentimos con buena conciencia cuando hablamos: pero estos documentos son para nosotros; pues el que escucha, si las sintió y estuvo presente, no aprende de mis palabras, sino que reconoce las imágenes que también él mismo llevó consigo: si no las sintió, ¿quién no entendería que más bien cree en las palabras que aprende?

40. Pero cuando se trata de cosas que contemplamos con la mente, es decir, con el intelecto y la razón, hablamos de lo que contemplamos presente en esa luz interior de la verdad, con la que se ilumina y disfruta el hombre interior: pero también entonces, nuestro oyente, si él mismo ve con el ojo secreto y simple; conoce lo que digo por su propia contemplación, no por mis palabras. Por lo tanto, tampoco a este le enseño diciendo la verdad, viendo la verdad; pues no se le enseña por mis palabras, sino por las cosas mismas, manifestadas por Dios dentro: así que también podría responder sobre estas cosas si se le preguntara. ¿Y qué podría ser más absurdo que pensar que se le enseña por mi discurso, quien podría, antes de que yo hablara, exponer lo mismo que se dijo si se le preguntara? Pues lo que a menudo sucede, que alguien niega algo cuando se le pregunta, y se le urge a confesarlo con otras preguntas, sucede por la debilidad del que ve, que no puede consultar toda la luz sobre el asunto: lo cual, para hacerlo por partes, se le advierte cuando se le pregunta sobre esas mismas partes de las que consta el todo que no podía ver. Si se le lleva a esto por las palabras del que pregunta, no obstante, no por las palabras que enseñan, sino por el modo de inquirir, como es capaz de aprender internamente el que es preguntado; como si te preguntara sobre lo que se trata, si nada puede ser enseñado por palabras, y al principio te pareciera absurdo no poder ver todo: así, pues, debería preguntar, como tus fuerzas se tienen para escuchar a ese maestro interior, para que dijera: "Las cosas que confiesas ser verdaderas cuando hablo, y estás seguro de ellas, y afirmas conocerlas, ¿de dónde las aprendiste?" responderías tal vez que yo te las enseñé. Entonces yo añadiría: "¿Qué si dijera que vi a un hombre volando, te harían mis palabras tan seguro como si escucharas que los hombres sabios son mejores que los necios?" Sin duda negarías y responderías que no crees eso, o incluso si lo creyeras, lo ignorarías, pero esto lo sabes con certeza. De esto ya sin duda entenderías que ni en aquello que ignorabas cuando lo afirmé, ni en esto que sabes bien, aprendiste algo de mis palabras; puesto que incluso si se te preguntara sobre cada una, jurarías que aquello es desconocido para ti, y esto te es conocido. Entonces, ciertamente, confesarías todo lo que negaste, cuando conocieras claramente y con certeza estas cosas de las que consta; todas las cosas que decimos, o el oyente ignora si son verdaderas, o no ignora que son falsas, o sabe que son verdaderas. De estos tres, en el primero, o cree, o opina, o duda; en el segundo, se opone y rechaza; en el tercero, atestigua: en ninguna parte, por lo tanto, aprende. Porque tanto el que no sabe la cosa después de nuestras palabras, como el que sabe que escuchó falsedades, y el que podría

responder lo mismo que se dijo si se le preguntara, se demuestra que no aprendió nada de mis palabras.

CAPÍTULO XIII.---Ni siquiera el ánimo del que habla se revela por las palabras.

41. Por lo tanto, incluso en las cosas que se contemplan con la mente, quien no puede verlas escucha en vano las palabras del que las contempla, a menos que porque es útil creer tales cosas mientras se ignoran: pero quien puede verlas, es discípulo de la verdad interior, juez externo del que habla, o más bien del mismo discurso. Pues a menudo sabe lo que se dijo, mientras que el que lo dijo no sabe; como si alguien creyendo en los epicúreos y pensando que el alma es mortal, pronunciara las razones que sobre su inmortalidad han sido tratadas por los más prudentes, escuchando aquel que puede contemplar las cosas espirituales; este juzga que dice la verdad: pero aquel que habla, ignora si dice la verdad, más aún, lo considera falsísimo: ¿se le debe considerar enseñando lo que no sabe? Y sin embargo, usa las mismas palabras que podría usar también quien sabe.

42. Por lo tanto, ya no queda siquiera esto a las palabras, que al menos con ellas se revele el ánimo del que habla; si es incierto si sabe lo que dice. Añade a los mentirosos y engañadores, por los cuales fácilmente entiendes que no solo no se revela, sino que también se oculta el ánimo con palabras. Pues de ninguna manera dudo que las palabras de los veraces intentan y de algún modo profesan que se revele el ánimo del que habla; lo cual lograrían si todos lo permitieran, si no se permitiera a los mentirosos hablar. Aunque a menudo hemos experimentado, tanto en nosotros como en otros, que no se pronuncian palabras de las cosas que se piensan: lo cual veo que puede suceder de dos maneras, cuando o el discurso memorizado y a menudo repetido, mientras se piensa en otras cosas, se pronuncia con la boca; lo cual nos sucede a menudo cuando cantamos un himno: o cuando otras palabras en lugar de otras, por error de la lengua misma, salen contra nuestra voluntad; pues aquí tampoco se escuchan signos de las cosas que tenemos en mente. Pues los mentirosos piensan también en las cosas que dicen, de modo que aunque no sepamos si dicen la verdad, sabemos que tienen en mente lo que dicen, a menos que les suceda algo de los dos casos que mencioné: que si alguien sostiene que también suceden a veces, y cuando suceden se hacen evidentes, aunque a menudo son ocultos, y a menudo me han engañado al escuchar, no me opongo.

43. Pero a estos les sucede otro tipo de error, ciertamente muy extendido, y semilla de innumerables disensiones y disputas: cuando el que habla, aunque significa lo mismo que piensa, a menudo solo para sí mismo y para algunos otros; pero no significa lo mismo para el que escucha y también para algunos otros. Pues alguien podría decir en nuestra presencia, que algunos animales superan al hombre en virtud; inmediatamente no podemos soportarlo, y refutamos con gran intensidad esta sentencia tan falsa y perniciosa: cuando tal vez él llama virtud a las fuerzas del cuerpo, y con este nombre expresa lo que pensó, sin mentir, sin errar en las cosas, sin pensar en otra cosa, y sin que las palabras memorizadas se entrelacen, ni que por error de la lengua pronuncie otra cosa que lo que pensaba; sino que solo llama a la cosa que piensa con otro nombre que nosotros: sobre lo cual inmediatamente estaríamos de acuerdo si pudiéramos ver su pensamiento, que aún no ha podido revelar con las palabras ya pronunciadas y su sentencia explicada. Dicen que la definición puede remediar este error, de modo que en esta cuestión si definiera qué es virtud; dicen que quedaría claro que la controversia es sobre la palabra, no sobre la cosa: lo cual, aunque conceda que es así, ¿cuántos buenos definidores se pueden encontrar? y sin embargo, se han disputado muchas cosas contra la disciplina de definir; que no es oportuno tratar en este lugar, ni las apruebo del todo.

44. Omíto que muchas cosas no las escuchamos bien, y como si fueran escuchadas, discutimos mucho y largamente; como tú recientemente con una palabra púnica, cuando yo dije misericordia, decías que significaba piedad según aquellos a quienes esta lengua les era más conocida: pero yo resistiendo, afirmaba que habías olvidado completamente lo que habías recibido; pues me parecía que no habías dicho piedad, sino fe, aunque estabas sentado muy cerca de mí, y de ninguna manera estos dos nombres engañan al oído por similitud de sonido. Sin embargo, durante mucho tiempo pensé que no sabías lo que se te había dicho, cuando yo no sabía lo que habías dicho: pues si te hubiera escuchado bien, de ninguna manera me parecería absurdo que piedad y misericordia se llamaran con una sola palabra en púnico. Estas cosas suceden a menudo; pero, como dije, las omitamos, para no parecer que estoy moviendo una calumnia contra las palabras por la negligencia del oyente, o incluso por la sordera de los hombres: más bien me angustian aquellas que enumeré anteriormente, donde, con las palabras claramente percibidas por el oído y siendo latinas, no podemos, siendo de la misma lengua, conocer los pensamientos de los que hablan.

45. Pero he aquí que ya cedo y concedo, cuando las palabras de alguien son recibidas por el oído de quien las conoce, que puede serle conocido que el que habla pensó en las cosas que significan: ¿acaso por eso también aprende lo que ahora se pregunta, si dijo la verdad?

CAPÍTULO XIV.---Cristo enseña dentro, el hombre advierte con palabras afuera.

¿Acaso los maestros profesan esto, que se perciban sus pensamientos, y no las mismas disciplinas que creen transmitir hablando? Pues ¿quién es tan neciamente curioso que envía a su hijo a la escuela para que aprenda lo que piensa el maestro? Pero todas esas disciplinas que profesan enseñar, y de la misma virtud y sabiduría, cuando las explican con palabras; entonces aquellos que se llaman discípulos, consideran por sí mismos si lo que se dijo es verdadero, contemplando ciertamente esa verdad interior según sus fuerzas. Entonces aprenden: y cuando encuentran dentro que lo que se dijo es verdadero, alaban, sin saber que no están alabando a los maestros sino a los enseñados; si es que también ellos saben lo que dicen. Pero los hombres se engañan, llamando maestros a quienes no lo son, porque a menudo entre el tiempo de la locución y el tiempo del conocimiento, no se interpone ninguna demora; y porque después de la advertencia del que habla, aprenden rápidamente dentro, creen que aprendieron afuera de quien los advirtió.

46. Pero de toda la utilidad de las palabras, que si se considera bien no es poca, hablaremos en otra ocasión, si Dios lo permite. Ahora te he advertido para que no les atribuyamos más de lo necesario, de modo que ya no solo creamos, sino que también comencemos a entender cuán verdaderamente está escrito con autoridad divina, que no llamemos a nadie maestro en la tierra, porque uno solo es el maestro de todos en los cielos (Mateo 23, 8-10). Pero qué significa en los cielos, lo enseñará aquel que también nos advierte a través de signos por medio de los hombres y externamente, para que, convertidos hacia él internamente, seamos instruidos: a quien amar y conocer es la vida bienaventurada, que todos claman buscar, pero pocos son los que se alegran de haberla encontrado verdaderamente. Pero ya quisiera que me dijeras qué piensas de todo mi discurso. Pues si sabes que lo dicho es verdad, también habrías dicho que conoces cada una de las sentencias si se te preguntara: ves, entonces, de quién has aprendido estas cosas; pues no de mí, a quien responderías todo lo que preguntara. Pero si no sabes que son verdad, ni yo ni él te hemos enseñado: yo, porque nunca puedo enseñar; él, porque tú aún no puedes aprender.

Ad. Yo, en verdad, he aprendido con la advertencia de tus palabras, que nada más hacen las palabras que advertir al hombre para que aprenda, y que es muy poco lo que a través del lenguaje se muestra del pensamiento del que habla: pero si se dice la verdad, solo lo enseña aquel que nos advirtió que habita dentro de nosotros cuando hablaba externamente; a quien ya, con su favor, amaré con más ardor cuanto más avance en el aprendizaje. Sin embargo, a este discurso tuyo, que has usado de manera continua, le tengo la mayor gratitud, porque ha anticipado y resuelto todo lo que estaba preparado para contradecir; y no has dejado absolutamente nada que me causara duda, sobre lo cual no me respondiera aquel oráculo secreto, tal como se afirmaba con tus palabras.